

The background is a colorful illustration of a forest. In the foreground, a large, rustic wooden cup is shown, filled with a vibrant blue liquid. The cup has a thick rim and is surrounded by a yellowish ground with some green grass tufts. In the background, several brown tree trunks are visible against a warm, yellowish-orange sky. The overall style is that of a hand-drawn or painted illustration.

**Historias encadenadas de
Aguilafuente**

EL ENIGMA DE LA MIERA AZUL

**Escrita por los vecinos y vecinas de Aguilafuente
durante el confinamiento del año 2020**

Imaginar y escribir es un binomio fantástico que nos hace soñar.

Dedicado a todas las cosas importantes de esta vida.

AUTORES ENCADENADOS

Ainhoa Escudero; Alejandro Cuéllar; Alicia Cuéllar; Álvaro Benavente; Álvaro Sanz; Asier García; Asunción Martín; Claudia Mateo; Eva M^a Para; Gloria I. Pedrazuela; Gustavo A. Herrero; Irene Vaca; Isaac García; Isabel Testillano; Iván Frías; Julián García; Lara de Miguel; Laura Frías; Margarita Pamiés; María Arribas; Marta Fernández; Noel Herrero; Óscar Carrión; Pedro P. Martín; Raquel Alonso; Rebeca Matarranz; Ricardo Hidalgo; Sara Arias; Sara García.

ILUSTRACIONES: Álvaro Sanz

EL ENIGMA DE LA MIERA AZUL

Ese día cuando fue a recoger la miera se sorprendió ¡Se había tornado azul celeste! Corrió de pino en pino comprobando el resto de potes y en ninguno había rastro de ese color dorado característico de la resina. En ese mismo momento emprendió un recorrido por el inmenso término de pinares de Aguilafuente, viendo que todos los potes eran azules. No podía dejar de sorprenderse. Se le ocurrió una idea: tenía que ir al resto de poblaciones de la Tierra de Pinares. Cuál fue su sorpresa cuando vio que el resto de pinares seguían con su miera color dorado. Decidió ir a Aguilafuente y contar a todos los vecinos lo que había descubierto. Al principio, le tomaron por majadero, pero se acercaron al pinar y comprobaron que era cierto. Decidieron crear un comité para investigar lo ocurrido y lo pusieron en conocimiento de las administraciones. Los medios de comunicación dieron a conocer lo que ocurría en los pinares aguiluchos.



Era un fenómeno totalmente extraño, y se empezó a especular sobre lo que podía haber ocurrido, pensaron que podría haber sido cosa del mago que vivía aislado en el molino de la Peña, a la orilla del río Cega, ya que era un personaje muy peculiar, el cual ya había provocado otras situaciones extrañas debido a sus conjuros, pócimas y hechizos... Le fueron a preguntar, y él dijo que no había sido, qué no tenía nada que ver con eso; pero los lugareños de Aguilafuente no quedaron muy convencidos con las explicaciones dadas por el mago, al que seguirían investigando, sin descartar nuevas pistas que les llevarían a esclarecer este sorprendente misterio.

Entretanto, la noticia se había corrido por todos los pueblos de la comarca, y los curiosos llegaban, primero de uno en uno, después en grupos.... En fin, Aguilafuente se había convertido en la comidilla de la Tierra de Pinares. Todos querían ver esa miera azul que brillaba bajo el sol con destellos cobalto ultramar o Prusia, Realmente era algo inaudito...Además los resineros habían notado que las serojas al caer en el suelo se volvían rojas al igual que la ramera sobre la que caían. Pero después de todo, la miera seguía siendo miera. Pasados los días, y tras asimilar la noticia, la riada de curiosos fue disminuyendo y los resineros siguieron realizando su trabajo, sin dejar de pensar en por qué habría pasado esto justo ahora. La respuesta estaba muy cerca y muchos se sorprendieron al conocerla, achacándola unos al destino, otros a la buena suerte y viendo los menos un mal augurio en el cambio. Sin embargo, a pesar de no conocer aún el motivo de ese curioso y extraño efecto en este bien material aguilucho, y de seguir los corrillos y las diversas creencias por el pueblo y los diferentes lugares aledaños al mismo, el hecho de que la noticia llegara tan lejos, incluso a diversos puntos del país, sería algo que cambiaría la historia de la villa de Aguilafuente. Pronto, no fueron pocos

los empresarios, de grandes ciudades y de lugares que incluso algunos ni conocían, que llegaron a la villa. Querían ver, conocer, informarse e incluso querer aportar a la investigación de dicho fenómeno, o adquirir incluso esa miera azul, que parecía mágica. Hecho que desde el pueblo, se vio como algo maravilloso, algo que ayudaría a mejorar económicamente, y sobre todo algo que haría que se pudiera mantener una profesión tan propia como la de la resina.

Quién no dejaba de mantenerse receloso acerca del mago del molino era el Sargento García. Incansable buscador de la verdad, con pocos amigos y desconfiado, llevaba tiempo vigilando las actividades del mago. No en balde, el sargento siempre sospechó de él desde aquel día que observó en la distancia cómo enjambres de cigüeñas negras volaban en círculos sobre el molino. - ¿Qué habrá liado este? - Se preguntaba el sargento mientras afilaba su barba con la mano. Decidido a descubrir qué ocultaba el mago cogió su hatillo y emprendió su camino. Eso de la miera azul... ¡No era normal! y él estaba decidido a descubrir el porqué.

De camino al molino de la Peña se encontró García con el Barquero Cantillana, bandolero que se ocultaba en los pinares de Aguilafuente y con el que no tenía una gran relación. Se pararon uno frente al otro y mirándose fijamente con los puños cerrados por la rabia el sargento espetó:

—Maldito Cantillana, tú y toda tu cuadrilla seguro que tenéis algo que ver en todo este sindiós. La miera azul, las bandadas de cigüeñas negras, vuestra amistad con ese hechicero...

—¿De verdad cree que un simple maleante como yo es capaz de liar todo esto mi sargento? —dijo Cantillana mientras no podía evitar esbozar un gesto de sonrisa y a la vez de asombro, difícil de imitar por la falta de algún diente y por la picardía de su mirada.

—¡Anda tira; tira y desaparece de mi vista antes de que me arrepienta! —gritó el sargento.

Cantillana bajó su gesto y comenzó a caminar entre los pinos, hasta desaparecer de la vista del Sargento García, mientras que iba pensando en todas las acusaciones que le habían caído sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo. «Algo tengo que hacer» pensó para sus adentros.

Continuando con su camino hacia el molino, García se percató que según se iba acercando, se podían observar una serie de pisadas muy marcadas en la tierra del pinar. Eran bastante profundas y no lograba identificarlas. No parecían de humano, tampoco de ciervo, jabalí o zorro. Tenían forma de pie desnudo con las uñas demasiado marcadas. No sabía qué hacer, si seguir avanzando o ir a pedir refuerzos. Aquellas pisadas eran descomunales y quien las hubiese hecho seguro que tenía unas dimensiones extraordinarias. García dudó. Si solicitaba refuerzos tardarían en volver y el cielo amenazaba lluvia... y si empezaba a llover las huellas desaparecerían y se quedaría sin rastro que seguir. Así que decidió continuar por su cuenta. Era valiente y estaba dispuesto a llegar al final, tenía que averiguar si aquellas huellas guardaban relación con la miera azul. Su olfato le decía que tenía que existir una explicación racional, aunque aquellas huellas poco tenían que ver con lo racional, parecía el pie de un gigante y García no creía en los gigantes. Al menos hasta ese momento. Siguió el rastro camino al molino de la Peña donde cada vez se veían más cigüeñas negras revoloteando alrededor.

Por otro lado, en el pueblo, Gustavo el resinero, estaba afilando su hacha y sus herramientas para trabajar junto a su hijo Noel.

—Tienes que tener cuidado de no calentar demasiado la hoja con el esmeril porque si no quemarías el metal y no se afilaría bien —le decía el resinero a su hijo.

—¿Puedo hacerlo yo papá? —preguntó Noel.
—Claro hijo, pero ten cuidado con el filo del hachilla.

El niño lo hacía como le había dicho y había visto a su padre, pero se le resbaló el hacha y le hizo un gran corte en el brazo. El pequeño se asustó y su padre no sabía qué hacer. Para cortar la hemorragia cogió lo primero que tenía a mano, que era un bote con la resina azul. Lo vertió sobre el brazo del niño que instantáneamente se puso a llorar desconsoladamente. Su padre fue a por algo de tela para ponerlo encima, encontró unos trapos y cuando fue a ponérselos en el brazo vio que ya no salía sangre y que la herida se estaba cerrando poco a poco. El niño dejó de llorar y la herida se cerró por completo dejando una pequeña cicatriz. No podía creerse lo que acababa de pasar, no sabía muy bien qué hacer así que cogió el bote de resina azul, le dijo a su hijo que fuese a jugar un poco y el resinero se fue a ver al médico de la localidad.

—Muy buenas Don Luis —saludó al médico.
—¿Qué te pasa Gustavo? No es hora de consulta.

El hombre le contó todo lo que había pasado. Don Luis no dudó ni un momento en lo que le contó el resinero, él era un médico mayor y le conocía de toda la vida, incluso le cogió en sus brazos cuando nació. A Don Luis todo esto le parecía increíble, pero también era increíble lo de la resina azul. Vio a su mujer que estaba en el sofá, tenía fiebre, parece ser que tenía gripe.

—Déjame el bote con la resina azul —le dijo a Gustavo.

Tomó el bote, cogió un poco de miera con los dedos y se lo frotó a su mujer en la frente. A los pocos segundos su cara comenzó a cambiar:

—Qué bien me siento cariño, estoy mucho mejor.

Don Luis no se lo podía creer. Esa resina era capaz de curar el corte del niño y de curar la gripe. Tenía que ponerse en contacto con las altas esferas de la medicina para transmitirles el hallazgo.

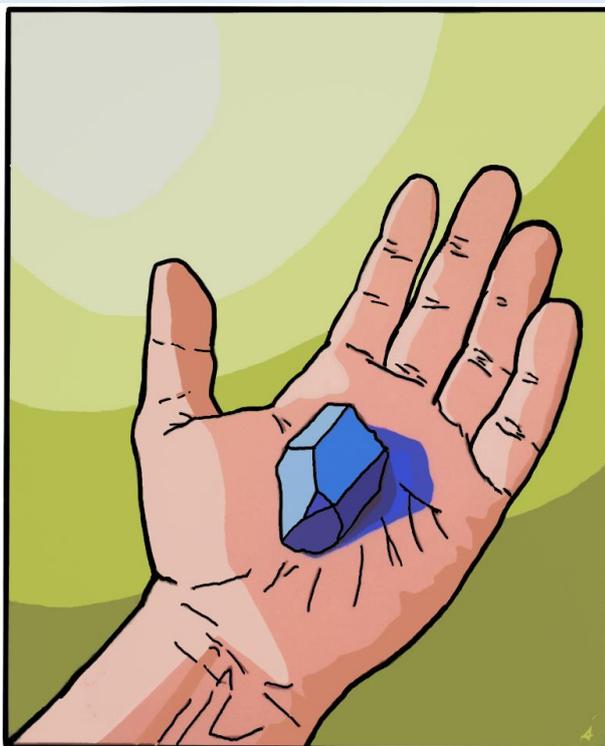
Mientras el buen médico seguía asimilando los poderes milagrosos de la savia azul, Andrín, el viejo mago del molino, se devanaba la sesera buscando una explicación al color de la miera. No podía consentir que le acusaran de algo de lo que él no había sido responsable. Para una vez que era inocente de que aconteciera un fenómeno extraño en la localidad, no quería que se emborronara su reputación aún más con falsas acusaciones. Decidió salir a investigar por si mismo y esclarecer todo este tinglado. Como sus enjutas piernas ya no eran las de su juventud y la sequía confería al pinar la textura de arena desértica, convino con su mermada movilidad, echar mano del artilugio caminador; una máquina de tracción mecánica compuesta por cuatro largas patas articuladas, una pequeña plataforma en la parte superior y una silla con pedales en la base a modo de velocípedo, que mediante una serie de engranajes y correas hacía desplazar el singular vehículo. No requería de gran fuerza y avanzaba sorprendentemente rápido. Para dar más agarre, había tallado los puntos de apoyo en forma de garra, lo cual hacía que dejara un rastro en forma de huellas, similares a las de un oso u otra bestia análoga. Cuando llegó a la primera zona de pinos con potes, se hizo con unas muestras que poder analizar en el molino-guarda.

En cuanto estuvo dentro de su rudimentario laboratorio, se dispuso a verter el contenido azul en probetas y vasos de cristal que calentó y enfrió, mezcló con todo tipo de sustancias, condensó los gases que emanaban e incluso probó su sabor. No pudo deducir nada, pero sus dientes cariados y los que le faltaban, que no eran pocos, de pronto recobraron la apariencia de una dentadura sana y perfecta. Un brillo de luz centelleó en sus ojos, e inmediatamente comprendió lo que estaba sucediendo. Recordó la noche hace dos meses, en la que estaba observando el firmamento cuando una

especie de minúscula estrella fugaz parecía haber caído a la tierra por la zona de Las Fuentes. ¡Eso tenía que ser! Lo que quiera que fuera ese cometa, transmitió a los manantiales y a sus acuíferos un poder de fuera de este mundo, no le cabía la menor duda. En ese momento no le dio importancia, pues parecía más una gran luciérnaga que otra cosa, pero a todas luces, esa teoría se le antojaba la más plausible. A la mañana siguiente sin falta, debería realizar una visita al acuífero natural y comprobar la veracidad de su conjetura. «Sí, a las Fuentes» se dijo convencido y entusiasmado.

Poco después de su encuentro con la autoridad local, Cantillana se encaminó al encuentro de sus compañeros de *bandoleo*. Estos se encontraban reunidos en el edificio del Merendero Cega; o mejor dicho, en las ruinas que quedaban de él. Solían quedar allí porque era un buen lugar para poder ver si el sargento García se acercaba mientras ellos estaban a sus negocios. Pero aquel día la reunión era diferente. El motivo no era el reparto de ningún botín. El asunto a tratar eran las misteriosas sanaciones que habían comenzado dos meses antes; cuando Ramiro el tuerto, recobró su visión al lavarse la cara en el Cega tras el extraño suceso de la estrella fugaz. Al principio no entendieron cómo pudo suceder, pero había llegado a sus oídos las noticias de las curaciones de Noel y de la mujer de Don Luis.

En el largo camino que todavía le quedaba a Cantillana hasta llegar al merendero Cega donde lo esperaban, observó en el suelo una pequeña piedra muy peculiar que llamó su atención, no por el tamaño, sino por el color azul intenso que la diferenciaba claramente del resto y que destacaba notablemente de la arena parduzca del camino. Su pronta respuesta irreflexiva fue cogerla inmediatamente; la curiosidad hizo que se agachara y extendiese la mano para apropiarse de ella, una piedra con un color tan peculiar no podía ignorarse; y apretándola con fuerza entre sus grandes y mugrientas manos, corrió, cojeando, hacia el lugar donde se encontraban sus compañeros, ya impacientes por su tardanza. Según se iba acercando al merendero Cega, un calor insoportable que recorría todo su cuerpo y el sudor frío que brotaba de su cabeza, hicieron que cayera inconsciente al suelo. Cuando despertó estaba aturdido, no sabía en un primer momento dónde estaba ni siquiera qué hacía allí, ni tampoco qué tiempo había transcurrido. Poco a poco fue recobrando la consciencia y recordando lo sucedido. Se puso en pie con una agilidad juvenil, desaparecida ya hacía muchos años de su vida y dio unos pasos para buscar la piedra azul que provocó en él aquel calor tan insoportable que le llevó a la inconsciencia. Comprobó entonces que la cojera que padecía desde niño, provocada por una rotura mal curada del fémur, había desaparecido.



¿Cómo era eso posible? se preguntó algo aturdido aún y se encaminó raudo hacia su destino. Sus compañeros de pesquisas, ya impacientes por su tardanza, cuando lo vieron aparecer a lo lejos, dudaron de su identidad por la velocidad a la que

corría y por su falta de cojera al hacerlo. Solo sus voces al acercarse confirmaron que era él.

—¡Ya llego, ya llego, no os podéis imaginar lo que he encontrado. Ya tengo la respuesta! —gritaba según se acercaba.

Los bandoleros no daban crédito a lo que veían; sus ojos se abrieron como platos al comprobar con estupefacción que el cuerpo de su compañero se había convertido en un color azul igual al de la miera. Cantillana se encontraba mejor que nunca, fuerte, sano, es decir, lleno de vida por dentro y por fuera, eso se notaba en el color azul que desprendía. No sabía qué le había pasado pero era algo alucinante, fantástico, fabuloso. Sus compañeros sin mediar palabra no lo podían dejar de mirar y entonces él comenzó a contar lo que le había sucedido. Cada uno daba su opinión sobre qué podría ser el mágico color azul y los efectos curativos que había tenido la piedra. Pero, de repente, los compañeros de Cantillana comenzaron a comprobar que su jefe comenzaba a rejuvenecer de forma alarmante, y que los signos de dureza del tiempo que tenía en su rostro iban atenuándose sin llegar a perder el color azulado. En poco tiempo se había quitado de encima los cinco años más duros de su vida de bandolero, desapareciendo la gran cicatriz que le atravesaba la cara, fruto de la gran pelea que mantuvo disputando su liderazgo con quien se rebeló contra él dentro de la banda, llevándose el autor de esa cicatriz la peor parte, resultando muerto de aquella refriega. Cantillana estaba feliz, solo pensaba que ahora con el nuevo cuerpo y la nueva piedra había empezado una nueva etapa en su vida de bandolero. Podría hacer lo que quisiese, por ejemplo sacar dinero por la piedra para sanaciones, iría de pueblo en pueblo ofreciendo poder tocarla y sacarse unos buenos duros. Los ojos le hacían chiribitas, por la cabeza le pasaba de todo, podía conseguir lo que quisiese ¡Esa piedra le iba a solucionar la vida! Extasiado de alegría, el barquero salió del merendero del Cega, bajó a la orilla del río y empezó a hablar sólo:

—Ni en mis mejores tiempos me encontraba tan bien, esta piedra me ha dejado hecho un chaval. La guardaré como un tesoro, nadie tiene que saber que está en mi poder ¿En qué lugar la puedo enterrarla para que no me la roben?

Alguien tosió a su espalda, un toside a posta. Cantillana se giró y pudo ver a toda su cuadrilla mirándole con una cara mezcla de incredulidad y enfado.

—¿Pensabas hacer oro sin nosotros? —dijo uno de los bandoleros desde lo alto de un cortado que daba al río.

Mientras tanto en el molino de la Peña, Andrín recibía la visita del sargento García al que sus encuentros con bandoleros, las extrañas pisadas y las cigüeñas negras revoloteando en círculos le habían llevado algo más de tiempo de lo normal llegar hasta allí.

—¡Andrín, extraño mago! Da la cara, sé que algo tienes que ver con todo este enigma de la miera azul —exclamó García desde un montículo de la puerta.

—Buenas tardes Sargento, cuánto tiempo sin verle. Tenía entendido que le habían destinado a otro lugar después de la parafernalia que preparó con aquel pobre muchacho y el artilugio que tenía en casa —saludó en tono irónico el mago asomado a la ventana que tenía en la tronera del tejado.

—Andrín, no he venido a que me recuerdes cosas del pasado sino a que me expliques por qué la miera es azul, por qué hay grandes pisadas en el pinar y por qué tienes cigüeñas negras revoloteando sobre tu molino —dijo el sargento cada vez más enfadado.

Justo cuando el mago iba a responder a las preguntas llegó una abubilla y se posó en la ventana. Traía un mensaje enrollado en sus patas que el mago cogió y leyó para sí. Decía:

«Buenas tardes Andrín.

Hoy vino un resinero a mi casa con un frasco de miera de color azul que ha sanado misteriosamente a su hijo y a mi mujer. He consultado con compañeros de profesión y nadie le encuentra una explicación, parece obra de la magia. Necesito verte y hablar contigo sobre el asunto, es importante.

Espero tu respuesta. Un abrazo.

Tu amigo, Luis»



Andrín recibió el mensaje nervioso, dio a la abubilla una especie de palomita como recompensa por traer el mensaje, cerró la ventana de un golpe y dejando al sargento con la palabra en la boca se puso a dar vueltas y vueltas. «Esto ya se me va de las manos... el médico ya me consulta a mí y tan siquiera tengo una explicación ante semejante suceso y dudo mucho que la ciencia y la magia se pongan de acuerdo en una cosa sobrenatural». Pensaba cómo podía saber por lo menos cómo había sucedido y se acordó de amigos que eran superiores a él y podrían ayudar. Para comunicarse con ellos tenía que hacer todo un ritual, se dispuso a buscar todo lo que le hacía falta. Salió al pinar a buscar unas setas de caballero, todo lo demás lo tenía en su laboratorio, solo tenía que esperar a que anocheciera.

El sargento García se reconcomía por dentro. El mago Andrín le había dado plantón. Ese sinvergüenza no se va a librar tan fácilmente de mi instinto de sabueso. El sargento García rodeó el molino y pudo ver el artilugio que utilizaba el mago Andrín para desplazarse por el pinar a toda velocidad. Analizó la estructura y el correaje y se fijó en

los apoyos de las patas. «Ese “Zangurrino” de Andrín ha estado por el pinar en busca de los potes de miera azul subido en esta araña de cuatro patas. Yo creo que está igual que yo y anda bien perdido en esto de la miera azul», pensó y recordó la soberbia del bandolero Cantillana. Y si el mago Andrín no estaba metido en el ajo, seguro que Cantillana y sus secuaces tenían algo que ver en el asunto. Así que cogió las de Villadiego y se fue al merendero Cega, lugar habitual de encuentro de los bandoleros de la zona, en busca de preguntas, pero sobre todo de respuestas.

En el molino, y con una buena provisión de setas de los caballeros, Andrín desempolvó su libro de hechizos y conjuros y lo abrió por una página en la que podía leerse:

CONJURO DE CONVOCATORIA DEL CONSEJO DE SABIOS DE LA SUBMESETA NORTE.

Para llevar a cabo el Conjuro de Convocatoria de Sabios de la Submeseta Norte se necesita:

- Un caldero de cobre
- Un mechón de lana de borrego
- 2 agallones de encina
- 40 gramos de cantueso molido
- 80 gramos de setas de los caballeros
- 20 gramos de harina de cebada
- 4 ancas de ranita de San Antón secas
- Aceite de caléndula
- Agua de lluvia reposada (a poder ser, con larvas de mosquito)
- 4 garbanzos de Fuentesauco
- 4 cuencos de barro cocido
- Una pluma remera de Ciconia nigra

Encender una lumbre con leña de encina y poner el caldero a calentar. Mientras la lumbre coge fuerza se majan las setas con el cantueso en un mortero, se cortan los agallones en juliana y el mechón finito. A continuación, se añade el aceite de caléndula al caldero y cuando este bien caliente se añaden las setas majadas, el mechón de borrego, los agallones y la harina, se sofríe todo bien durante un minuto y se añaden 4 cuencos de agua de lluvia reposada. Cuando rompe a hervir se añaden las ancas de ranas y se deja cocer 4 minutos y 4 segundos. Se retira del fuego y se reparte el mejunje entre los 4 cuencos. Por último se deposita un garbanzo en cada cuenco y mientras se sumerge la pluma de cigüeña en cada cuenco se debe decir :

*Caminan juntos el cerdo, la oveja, la cabra y la gallina
Rama de pino, grano de trigo, hoja de olmo, raíz de encina
Sabios de Numancia, Tormes, Astorga y Medina
Necesito su consejo, presentense rápido en mi cocina.*

Nota: Esta fórmula no debe ser utilizada a la ligera, sólo se podrá acudir a ella in extremis y todo uso fraudulento supondrá apertura de expediente sancionatorio.

Andrín juntó todos los elementos, recogió una pluma negra que alguna de las cigüeñas a las que echaba de comer a diario a la puerta de casa, y como ya caía la noche elaboró el conjuro tan rápido como pudo. En cuestión de minutos todo estaba listo, ultimó los preparativos y pluma en mano empezó a recitar en voz alta el conjuro, tal y como le había enseñado su maestro décadas atrás. Cuando terminó, aguardó unos segundos observando los cuencos todavía humeantes y vió como los garbanzos empezaban a engordar... ¡Estaba funcionado! Los cuatro garbanzos explotaron, y de cada uno de ellos salió la imagen holográfica de uno de los cuatro sabios de la Submeseta Norte. Allí estaban, virtualmente presentes en la cocina de Andrín; Marciano de Numancia, experto en astronomía y alquimia; Aguedita de Tormes, la más reputada botánica y gemóloga; Guadalupe de Astorga, gran adivina y quiromántica, y Vitoriano de Medina, *brevajólogo* y conocedor de todas las criaturas extraordinarias.

—¡Pero bueno, Andrín de Cega! ¡¿A qué se deben estas prisas?! —preguntó la imagen de Vitoriano de Medina, que siempre era el que más, y el que primero hablaba— ¡Espero que tengas una buena razón para convocarnos de esta manera!

—Disculpenme amigos y maestros, lo cierto —balbuceaba Andrín— ...es que les he convocado porque llevo unas semanas intentando dilucidar algo que parece importante...

—Ve al grano, Andrín, por favor. Nos quieres decir que la miera de los pinos se ha tornado azul y tiene propiedades curativas —adivinó con maestría Guadalupe de Astorga.

—Sí, es eso... ¿pero, cómo lo...? Bueno, es igual, hace unos meses apareció en el cielo la estela de un cometa...

—¡¿Y ahora la miera de los pinos es azul?! ¡¿Y es curativa?! ¡¿Azul celeste?! —le interrogaba a gritos el astrónomo Marciano de Numancia— Ay Aguedita, sabes lo que quiere decir eso ¿verdad?

—Claro que lo sé... eso sólo puede ser que un meteorito procedente de *Gamusa* haya impactado en esta zona.

—¿*Gamusa*? ¿Pero...? —Andrín no entendía nada.

— *Gamusa* es un cuerpo celeste anhídrido muy frágil. Es como un gran terrón de azúcar cósmico que de vez en cuando se resquebraja y pierde trozos que pueden acabar en la Tierra. Si impactan en una zona húmeda, se hidrata y se transforman en ácido *gamusónico*, que puede ser utilizado como el gran remedio curativo del que hablas —explicó con paciencia Marciano, pero Andrín seguía un poco descolocado.

—Si el ácido se infiltra en el terreno, algunas coníferas, como los pinos tienen la capacidad de absorberlo por sus raíces y acumularlo en su savia, confiriéndole un color azul muy característico —concluyó Aguedita.

—¡Esto es maravilloso! ¡En el pueblo me van a adorar cuando se lo cuente! —decía Andrín entusiasmado.

—Calma amigo... hay otra cosa que aún no sabes —se apresuró a decir Vitoriano—. Debes encontrar rápidamente el meteorito y recogerlo con una hoja de helecho. Si la piel humana entra en contacto directo con una roca de *Gamusa anhídrida*, todas las células del cuerpo se reprograman para regenerarse y rejuvenecer hasta llegar a un punto que pierden el control y el cuerpo se encoge hasta tener la talla de un ratón. A los que sufren esta transformación se les conoce como sujetos gamusinos.

—Pero ¿Cómo voy a encontrar el meteorito? —les preguntó Andrín.

—Creo que ya vas tarde... apresúrate y busca en el merendero ¡Alma cándida! Que hay que decírtelo todo —resoplaba Guadalupe mirando al techo— ¡Venga! ¡Corre! Que ya veo que por ahí andan los bandoleros.

—¡Muchísimas gracias maestros del Consejo! ¡Gracias!

Y como alma que lleva el diablo, Andrín saltó sobre su artilugio caminador y se dirigió hacia el Merendero, donde la tropa de bandoleros estaba a punto de empezar a dar caza a Cantillana y el Sargento García observaba agazapado detrás de una retama,

incrédulo al ver como un extrañamente joven y azul Cantillana era apresado por todos sus compañeros al grito de:

—¡Cantillana! ¡No te creerás que te vas a quedar tú con todo! ¡Danos la piedra!

Camino Andrín de la búsqueda del meteorito, su imaginación voló con escenas de su propio cuerpo. Rejuvenecía y seguía rejuveneciendo hasta aquel punto en que su juventud fue plena. Se recreó en este pensamiento e hinchó su pecho de satisfacción y



así continuó su camino hacia el merendero con su rápido artificio. En su mente, de repente, vio al mirar su cuerpo, que este, se había vuelto transparente. Veía sus capas hasta llegar a sus huesos: húmero, radio, fémur etc..., que se iban reduciendo a gran velocidad y él perdía su condición de hombre para pasar a la de gamsino. Un golpe seco le sacó de su ensoñación, se había salido del camino, estampando su vehículo contra un pino. El golpe no tuvo consecuencias. La realidad apremiaba.

Cuando llegó al río, los bandoleros habían atado e inmovilizado a Cantillana y discutían cómo repartir el negocio de la mágica piedra que se quitaban unos a otros y todos manoseaban. No parecía que estuviesen muy de acuerdo en cómo hacerlo y las voces que pegaban se oían desde lejos así que Andrín pudo encontrarlos fácilmente y observar la escena escondido entre los helechos. Estaban tan cegados por la piedra que no se dieron cuenta de que todos ellos empezaban a adquirir un tono de piel que recordaba al cielo de una mañana de verano, ni de cómo el cuerpo azul menguante de Cantillana encogía hasta tal punto que se libraba de las ataduras y seguía encogiéndose y encogiéndose hasta que no levantó más de un palmo del suelo y García y Andrín lo perdieron de vista para siempre. La disputa se alargó, y mientras los avaros bandoleros llegaban a las manos, la piedra volaba por los aires y pasaba de mano en mano. Manos cada vez más jóvenes, luego infantiles, en las que al cabo de poco tiempo la piedra ya no cabía, y empezaba a ser demasiado pesada. Cuando la lucha empezaba a

encarnizarse Andrín salió de su escondite y realizó un hechizo que hizo que su voz tronara y captase la atención de los bandoleros que se estaban transformando:

—¡Señores! ¡Señores! ¡Deténganse y mírense! Han tocado con sus manos desnudas un meteorito de *Gamusa* y se están convirtiendo ustedes en sujetos gamusinos.

Presa de pánico los bandoleros gamusinos salieron corriendo despavoridos en todas direcciones, dejando en el medio del camino la piedra azul. Andrín se agachó y la recogió usando unas hojas de helecho como le habían indicado los sabios y tras mirarla fijamente unos instantes la lanzó al río Cega, quedando ésta oculta para siempre, sin que quedara rastro de su resplandor añil y dijo:

—¡Sargento García! Ya puede usted salir de detrás de la retama. Vaya al pueblo y avise a todo el mundo. Dígales que vamos a cazar gamusinos.

FIN